

## **Fox Frente a la Puerta de la Historia**

**Alfredo Acle Tomasini©**

Si juntamos a los votantes que no acudieron a la urnas, con aquellos que si lo hicieron, pero que anularon sus votos, o pusieron en sus boletas el nombre de candidatos no registrados, observaremos que quienes accederán a la Cámara de Diputados, lo harán con menos del 37% del padrón. Porcentaje tan bajo, que si bien no anula la legalidad de las elecciones federales, si hace, por un lado, cuestionable su legitimidad y, por el otro, pone sobre los diputados electos, la paradójica responsabilidad de reconocerse como una minoría que deberá considerar a una mayoría silenciosa.

Pero, los gestos triunfalistas de los miembros de los partidos ganadores – incluyendo al Gobernador del Distrito Federal – evidencian que el éxito, aun siendo precario, es suficiente para inyectar en quién lo obtiene, una dosis tan grande de arrogancia, que lo imposibilita a reconocer con humildad, que su triunfo se asienta en un terreno abonado con el hastío y la incredulidad, que en él han dejado los arrogantes de ayer y los oportunistas de siempre.

Mientras, en el otro lado del escenario están los perdedores: el Gobierno y su partido. Quienes paulatinamente experimentan el proceso normal que sigue a las malas noticias. Más aún, cuando hasta hace poco todavía se festinaba el triunfo del 2000 como un logro irreversible. Pero ahora, y en una ironía de la vida, el gobierno del cambio ha recibido un mensaje inaudito: su propio cambio no es una opción, sino un imperativo que la realidad política le impone.

Pero, no es usual que una conclusión como ésta se acepte de manera automática. Antes será preciso transitar por varias etapas. La primera –la de negación -, se hizo evidente al darse los resultados; “la elección no fue referéndum sobre la acción del Gobierno”, es una frase que la ejemplifica. Una segunda etapa, - la de culpas y justificaciones- comenzó a asomar hacia el fin de la semana pasada. Así, el desempeño del gabinete y la economía mundial empezaron a utilizarse como explicaciones de la derrota.

Pero tendrá que venir, y esto es crítico que suceda, una fase de aceptación, en la cual se reflexione con serenidad sobre los aciertos y errores, y se plantee, a partir de este análisis, las nuevas metas y la forma de lograrlo, lo cual permitiría pasar, ahora si, a una última fase de implantación de las soluciones.

Desafortunadamente, la desesperación de la derrota no incuba paciencia sino ansiedad. Por lo que es fácil quedarse en la fase de las culpas y las justificaciones. De ahí que resulte preocupante que, sin más nada, empresarios y militantes distinguidos del Partido Acción Nacional, reclamen cambios en el gabinete, como si esta fuera la única solución o la más importante.

Ciertamente, los tendrá que haber, pero asumir que el resultado electoral se debe al hecho de haber escogido a los individuos equivocados, puede conducir a una acción que por

precipitada resulte inocua, porque la solución del problema es en realidad más compleja que un simple relevo de funcionarios, y cuyo peso – enorme – recae en las espaldas del Presidente de la República.

Es enorme, porque como le ocurre a cualquier ser humano, la derrota ha lastimado su autoestima y la confianza en si mismo, y cuando eso pasa, se resiente el ánimo y el desempeño del individuo. Es enorme, porque la vida lo ha colocado en un trance histórico, donde a él le corresponde aceptar errores, dar la cara, desprenderse de amigos y compañeros de viaje, conjuntar un nuevo equipo y reorientar el rumbo. Es enorme, porque si él escucha a la voz del ciudadano, no de ahora sino de hace muchos años, éste no siente que el modelo económico le esté resolviendo sus problemas. Si la calidad de un producto la define el consumidor, la calidad de un programa de gobierno la define el pueblo. Es enorme, porque todo indica que el modelo económico está agotado, y que es imperativo, romper con esquemas que el neoliberalismo nos ha impuesto, innovar, proponer alternativas, sin que esto signifique irresponsabilidad, ni repetir los costosos errores del ayer.

Es enorme, porque si el Presidente no cumple lo que le demanda el momento histórico, el país corre el riesgo, de que al no haber contrapeso del Ejecutivo, el centro de gravedad de la política se mueva hacia el Congreso, donde sean los partidos - todos ellos minoritarios – quienes definan la agenda nacional. Es enorme, porque a la historia sólo entran, los que saben abrir su puerta, los otros, sólo pasan por enfrente.